

DOCUMENTOS OFICIALES

I

LA FIESTA DE LA RAZA

Discurso pronunciado en el Festival celebrado el 12 de octubre último

SEÑORAS Y SEÑORES:

El encargo de resumir en unas cuantas palabras el espíritu y el alcance de la fiesta, que, con todo el mundo español, celebra hoy Madrid, era demasiado honroso para declinado. Cuando los organizadores de este acto me requirieron con ese propósito, no pude negar mi aceptación; la obediencia me exculpa, pero me esforzaré para no abusar de vuestra cortesía.

Perpetuo avivador de las energías colectivas.—Estas grandes solemnidades patrióticas, instituidas a semejanza de las de la Iglesia, pueden, como las religiosas, dar ocasión al fausto y a la pompa del culto, a la sana alegría del ánimo y al intenso y reflexivo recogimiento de la conciencia. Si la piadosa conmemoración queda reducida a rutinaria ceremonia, y su eficacia educadora se disipa entre nubes de incienso, flores de retórica y aclamaciones de entusiasmo fugaz, la indiferencia, precursora indefectible del hastío, borrará pronto del calendario cívico español, este homenaje anual a las glorias de la raza, que celebrado, en cambio, con fervorosa emoción de creyente, podrá llegar a ser perpetuo avivador de las energías colectivas, anudar robustos vínculos entre los dispersos miembros de la gran familia hispá-

nica y simbolizar la más numerosa y más consistente comunión espiritual de cuantas existieron y existen en la tierra.

Fué explicable y aun obligado que esta Fiesta de la Raza tuviese en sus comienzos carácter casi exclusivo de piadosa vindicación filial. Colectivamente nos hallábamos por entonces en el más universal descrédito. Sabios pedantes y publicistas frívolos repetían a coro la leyenda de nuestra incapacidad congénita para todo empeño civilizador. España y las naciones por ella engendradas no se podrían redimir jamás de su incultura y fanatismo atávicos, sino remedando con humildad de salvaje neófito los ademanes, las fórmulas y las instituciones de los países que marchaban a la cabeza del progreso humano. Algunos compatriotas nuestros, que, a poca costa, se adjudicaron a sí propios título de pensadores, o cuando menos de intelectuales, hallaban más cómodo traducir en mejor o peor castellano estas necedades extranjeras que investigar por cuenta propia en la tupida frondosidad, nunca bastante escudriñada, de la vastísima Historia nacional. Y el encogimiento pesimista, adueñado del alma popular, nos persuadía a declararnos vencidos sin combatir ante cualesquiera lides, así militares o diplomáticas como económicas o científicas. En la abominable retórica del decadentismo el tropo predilecto era el sarcasmo contra la propia madre, y el género literario más en boga la difamación envidiosa o rencorosa de los impotentes.

Aconteció que plumas extranjeras comenzaron a divulgar por el mundo el Evangelio de la fe hispánica, que en vano predicaban de tiempo atrás en Europa y América unos cuantos beneméritos publicistas de origen español, allí como aquí desoídos y desdeñados. Nadie que sea medianamente culto desconoce ya, ni menos niega, los timbres inmarcesibles de esta raza que descubrió y exploró medio planeta, que civilizó y en gran parte pobló el Nuevo Mundo, y que en las Ciencias, en las Letras y en las Artes dió a la Humanidad obras, cuyos nombres, como los de sus autores, no se podrán borrar jamás de la memoria de las gentes.

La gran calumniada.—España sigue siendo, no obstante, la

gran calumniada. Los denigradores suyos no repiten ya las falsedades históricas tan en curso durante el siglo XIX; pero comparan el pasado con el presente, y a la evocación de las glorias que ayer olvidaban o negaban, replican equiparándonos al hidalgo hambriento, arruinado por culpa suya, que encubre sus harapos con la desvaída púrpura del manto de ceremonia de sus mayores.

Hace pocos años, la complejísima red de intereses con que la civilización moderna ha logrado envolver el globo terráqueo, se trabó de modo que sólo pareció posible soltar sus nudos cortándolos con las armas. Todos los combatientes de esa conflagración gigantesca mantenían de buena fe la justicia de su causa peculiar, y con sinceridad no menor propendían asimismo a universalizar los fines últimos de la contienda para persuadir a los neutrales del deber en que estaban de acudir en su auxilio.

No lo entendió de esta manera el pueblo español, y desde el comienzo hasta el término de la pasada guerra grande mantuvo su convicción neutralista con firmeza tan inusitada y tan inmovible, que jamás se pudo temer en serio de gobernante ninguno la osadía de contrariar con actos del poder público la casi unánime voluntad nacional.

Quede encomendado a la Historia el fallo definitivo sobre la conducta de cada cual en aquel trance; si bien los sucesos que estamos presenciando desde la firma de los que se convino en llamar Tratados de paz, permiten entrever desde ahora los razonamientos de ese fallo reservado a las generaciones venideras.

Es innegable, y lo recordáis todos, que aun dentro de nuestro país, cuanto más en el extranjero, la tenaz neutralidad española se interpretó como señal inequívoca de postración y decadencia. La Patria de Don Quijote no era ya, por lo visto, sino la de Sancho Panza, para convertirse quizás, en día no lejano en la de Ginesillo de Pasamonte.

Reivindicación espléndida.—La espléndida realidad actual contesta a aquellas injusticias con la elocuencia irrefragable de los hechos, la cual halló ya fórmula feliz en los labios augustos de

nuestro Rey, durante la solemne inauguración del curso universitario.

Cuando España ha sentido en peligro su honor y sus vitales intereses, cuando la santa causa de la seguridad y la independencia nacionales reclamó el sacrificio de vidas y haciendas, y la aportación abnegada de las más variadas prestaciones, se ha repetido aquí el noble y consolador espectáculo que ofrecía años atrás la Europa beligerante, en que el grito férvido del amor patrio bastó para ahogar todos los cobardes requerimientos de la pusilanimidad y del egoísmo.

Importan poco el tamaño del escenario, la incultura del enemigo, que no merma en un ápice su denuedo, y la duración probable de la campaña. En las costas y en las tierras africanas, como ayer en los mares del mundo y en los dilatadísimos frentes franceses o balcánicos, el dolor y la muerte acechan a los héroes; como ayer, también están hoy confundidos en las columnas combatientes todas las clases sociales, y mientras la juventud arriesga allí la vida por la Patria, la nación entera vibra al unísono con los que luchan, y la solidaridad del fervoroso amor a la madre común hace hoy de los españoles, como hizo ayer de otros pueblos, un único Ejército, cuya retaguardia cívica merece el supremo elogio de ser declarada digna de la vanguardia beligerante.

Acertábamos quienes tuvimos siempre fe en las energías latentes de la raza, quienes nos negamos a juzgarla decadente, aun en los días trágicos en que, por culpa del desgobierno, se abatían sobre ella todos los infortunios. No era optimismo cándido o beatífico, ni menos todavía don profético, lo que preservó nuestra confianza, justificada *a posteriori* por los sucesos. Era la evocación de ejemplos históricos, que mostraban cómo cuando naciones hispánicas de uno y otro continente parecían más próximas al aniquilamiento por abyección, bastó emanciparlas de tuteladas oprobiosas para que un rebrote espontáneo de sus perennes virtudes les devolviese acrecentadas la salud, la prosperidad y la honra.

Nuestra gran culpa colectiva.—Pero si es error vulgar con-

fundir el desmedro político, en que evidentemente se hallan los más de los países hispánicos, con la decadencia senil de las razas moribundas, sería puerilidad o absurda obcecación negar que las dos naciones de la Península Ibérica descendieron de la altura eminentísima que un día alcanzaron; que las repúblicas de hispanoamérica no ocupan tampoco en la jerarquía de las naciones contemporáneas el alto lugar que de pleno derecho les corresponde, y que, en fin, la dispersión en que todas ellas viven, sin concertarse jamás para la defensa orgánica de sus considerables y perennes intereses comunes, priva a cuanto se dice o escribe en nuestra lengua, así notas diplomáticas, como discursos políticos u obras literarias y científicas, de la eficacia y autoridad que logran fácilmente textos de otros idiomas, mucho menos difundidos que el español sobre la haz de la tierra.

He aquí nuestra culpa, nuestra grandísima culpa colectiva, de que debemos acusarnos públicamente en este día memorable para estímulo del dolor de corazón, que puede movernos a todos al firme propósito de la enmienda.

Los primeros, en héroes y mártires.—No serán menester grandes cavilaciones para señalar el origen del mal y la naturaleza del remedio. Si aisláis, en experiencia de laboratorio, cualquier episodio culminante de la gran historia de nuestra raza, bastará un somero análisis para que halléis en cada uno rastros evidentes de las más excelsas, de las más difíciles, de las más fecundas virtudes individuales.

Tienen todas las naciones del mundo sus héroes y sus mártires; pero el número y la magnitud de los nuestros, a uno y otro lado del Océano, no han sido superados ni igualados siquiera por las demás gentes en las edades moderna y contemporánea. En cambio, jamás en ninguna gran empresa de españoles se vislumbra el plan orgánico, la preparación coordinadora de actividades dispersas para ahorrar esfuerzos inútiles o pérdidas innecesarias en sangre o en dinero. En la guerra, como en las restantes formas de la lucha humana, los españoles peleamos siempre en guerrilla, y si logramos las ventajas innegables de este género de combate, padecemos también sus múltiples inconvenientes.

La Historia de España e Hispanoamérica está tejida con nombres propios, hilos de oro que le dan a distancia lujoso esplendor de brocado; pero examinad de cerca la trama y advertiréis muy pronto su endeblez y sus máculas.

Junto a cada cual de esos nombres gloriosos evocará vuestra memoria el de algún compatriota del héroe, muy poco o nada inferior a él en capacidad y aptitudes, que encarna, no obstante, a los ojos de la posteridad la envidia ruín, la ambición desenfrenada o la ingratitud desleal; y no es poco frecuente el caso de que el antipático personaje redima fealdades de la juventud con acciones heroicas, en jornada ulterior de su vida, cuando erigido a su vez en jefe se ve libre del freno de la obediencia y de las trabas incómodas de la disciplina.

Porque cabalmente esta virtud de la obediencia disciplinada es la que se hecha de menos en cada una de las páginas de nuestra historia, al punto de que el lector de ellas ha de lamentar a cada instante el loco despilfarro de energías a que perpetuamente parece condenarnos la incoherencia.

En las circunstancias de lugar y de tiempo propicias al despliegue de los individuales impulsos aislados, rara vez deja de culminar algún nombre español, y nuestro Siglo de Oro fué aquel en que se abrieron más cauces a la audacia y a la fantasía; en que la actividad física y la del ingenio hallaron ante sí más campos inexplorados donde expandirse. Pero a medida que las complejidades de la lucha por la existencia acrecentaron la importancia de la previsión, del método, del ordenado impulso colectivo, razas más aptas que la española para el ejercicio de esas virtudes, nos desposeyeron poco a poco de la primacía que en buena lid teníamos conquistada.

La obediencia humilde supera a la soberbia vencedora.— Hemos, en fin, llegado a tiempos en que la máquina (toda suerte de máquinas) suple y completa de tal modo la acción del hombre, que apenas se pueden imaginar expansiones de la personalidad individual, por geniales que sean, que no resulten cuando menos estériles; casi siempre nocivas también para el interés común. La Humanidad, con certero instinto, prodiga hoy a la obe-

diencia humilde los homenajes mismos que reservó en otras edades a la soberbia vencedora.

Los estadistas, los caudillos militares, los organizadores de las grandes empresas económicas, todos los conductores de hombres, han menester ciertamente de un estado mayor apto y bien escogido, pero jamás obtendrán el triunfo si no cuentan con el concurso abnegado de la masa anónima, que ha de consistir en la renunciación voluntaria de cada personalidad, en el deliberado aniquilamiento de cada individuo para integrar el ser colectivo. Sacrificio tanto más meritorio cuanto que la tropa no es ya, ni en paz ni en guerra, la carne de cañón que en otros tiempos fué. Sus filas se nutren hoy, en gran parte, con inteligencias adiestradas en el cultivo de las más variadas disciplinas científicas o artísticas, con voluntades que templó el ejercicio de los derechos políticos modernos. Y precisamente cuando leyes y costumbres contribuyen a exaltar al individuo, poco menos que al nivel de los soberanos antiguos, la Patria, necesitada de su esfuerzo, le impone, no sólo el abandono de las actividades que le son gratas y del bienestar material que sus medios económicos le deparan, sino, además, la obediencia consciente y reflexiva, pero absoluta, a las órdenes que emanen de los depositarios de la autoridad pública, la sumisión del entendimiento y del albedrío. Y porque esta novedad singular es la característica del mundo contemporáneo, las naciones deseosas de rendir el debido tributo de gratitud a los héroes de la reciente epopeya, no la personificaron en los diplomáticos, ni en los estadistas, ni siquiera en los caudillos de la victoria, sino en el humilde soldado desconocido, en el obscuro combatiente que ofrendó a su Patria, junto con la vida, lo que desde que alientan seres humanos se estimó siempre en más que la existencia: el noble galardón de la fama, el derecho a vincular en el nombre propio o familiar el honor y la gloria merecidos y conquistados por el acto heroico.

La única aportación necesaria es la obediencia colectiva.—No le bastarán en lo venidero a la raza española las cualidades étnicas que un día cimentaron su grandeza; no le bastarán para medrar, ni acaso para subsistir. Conservarlas, como testimonios

muy recientes acreditan que las conservamos, no implica mérito nuestro, sino don que viene de lo alto. La única aportación de las generaciones actuales digna de recompensa, porque nos impone el sacrificio de contrariar hábitos heredados y arraigados en cada cual de nosotros, es la disciplina colectiva, la renuncia a la perenne crítica estéril, la prontitud del ánimo para supeditar al bien general los desordenados impulsos individuales.

No tenemos siquiera los españoles la disculpa de la falta de ideal práctico, justificadora frecuente de perezas y desalientos. Sabemos de seguro que al término de nuestra posible regeneración nos aguarda la espléndida recompensa del panhispanismo.

En el mundo de mañana las fronteras políticas podrán seguir señalando los límites a donde alcancen las soberanías respectivas; pero los pueblos que sin mengua, claro es, de la independencia política, no se agrupan además en organizaciones más amplias, y para fines más universales que los de la sociedad nacional que hoy conocemos, están condenados a sucumbir bajo la presión abrumadora del imperialismo.

El panhispanismo y el panamericanismo.—Agentes infatigables y persuasivos recorren a diario la América española predicando por dondequiera el falso evangelio panamericanista. Falso digo, porque sus propugnadores tienen bien demostrado que no aspiran al logro de una sincera confraternidad entre todos los pueblos de América, sino al solapado reconocimiento de la hegemonía de una gran república, sobre todas las demás del inmenso continente.

No es de temer que prevalezcan. Frente a ellos se alzan ahora, con vigor más entusiasta cada día, los prosélitos del panhispanismo, cuyas predicaciones no son sino el desenvolvimiento lógico de las fuerzas vivas de la Historia, la voz clamorosa de la sangre, la afirmación desinteresada de un hecho tan patente e indestructible como es la perpetua solidaridad de la raza.

Las naciones de origen hispánico se decidirán tal vez muy pronto a buscar en la unión efusiva y fraternal con las demás hijas de la madre común, la fuerza misma que otros les ofrecen mediante artificiosas combinaciones diplomáticas o económicas.

Llegada la hora, requerirán todas a España; y es estrecha obligación de buen español tener prevenida a nuestra Patria para la feliz realización de su glorioso destino.

No depende esa realización del hallazgo fortuito de estadísticas geniales ni del azar de la fortuna, ni del esfuerzo ajeno, sino de la resuelta voluntad de cada cual de nosotros, del adiestramiento que para entonces hayamos logrado en la práctica, tan difícil aquí, de la disciplinada obediencia colectiva. Sólo se logrará, de seguro, si cada español se decide a emular, no tanto las glorias singulares de los grandes héroes del pasado, como la obscura abnegación del buen ciudadano desconocido.

GABRIEL MAURA GAMAZO.

II

DISCURSO GRATULATORIO DEL EXCMO. SR. D. ALCÍBIADES PEÇANHA POR SU ELECCIÓN DE CORRESPONDIENTE EN EL BRASIL

Con profundo reconocimiento por la honrosa distinción recibida de esta muy ilustre Academia, yo me inclino ante la pléyade de cultísimos espíritus que transpusieron sus umbrales, y ante los que actualmente cultivan en la inagotable riqueza de sus Archivos, la ciencia reveladora de las grandes acciones de la Raza.

Nacido bajo el cielo del Crucero, en cuyas estrellas han, primero, fijado los ojos, al atravesar la línea equinoccial, los intrépidos marinos de España, rindo sincero tributo de amor y admiración a la augusta tierra del inmortal Campeador. Su puesto en el escenario del mundo conserva las huellas de sus antiguos e inconmensurables dominios, pudiendo decirse que su historia encierra más hechos gloriosos que varios siglos de la evolución humana.

De ahí la convicción del propio valor, que se arraigó en el espíritu de sus hombres, desde el más eminente hasta el más